

Francesca Scotti Uragami Kazuhisa

島国

SHIMAGUNI

Atlas narrado
de las islas de Japón

Traducción del italiano de Andrés Catalán

Nørdicalibros

Para las citas contenidas en el volumen:

p. 13: Rachel Carson, *Vita che brilla sulla riva del mare - Le piante e gli animali che popolano i litorali rocciosi, le spiagge sabbiose e le barriere coralline*, trad. it. de Isabella C. Blum, Sanspolcro, Aboca, 2022

p. 38: Yukio Mishima, *La voce delle onde*, trad. it. de Liliana Frassati Somnavilla, Milán, Feltrinelli, 2016

p. 72: *Kojiki. Un racconto di antichi eventi*, ed. de Paolo Villani, Venecia, Marsilio, 2006

p. 150: versos de la canción «Asadoya Yunta», trad. it. de Ozumi Asuka

Título original: *Shimaguni. Atlante narrato delle isole del Giappone*



Esta obra ha sido traducida con la ayuda del Centro per il libro e la lettura del Ministero della Cultura italiano.

La autora agradece a Andrea Castiglioni, profesor asociado de Religiones de Japón en la Universidad Municipal de Nagoya.

Asesoría lingüística y cultural: Ozumi Asuka

Proyecto gráfico, maquetación y mapas: Zungdesign

© 2023 Giunti Editore S.p.A. / Bompiani
Bompiani is an imprint of Giunti Editore
www.giunti.it • www.bompiani.it

Texto: Francesca Scotti

Ilustraciones: Uragami Kazuhisa

© De la traducción: Andrés Catalán

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57

info@nordicalibros.com

Primera edición: noviembre de 2025

ISBN: 979-13-87563-78-3

Depósito Legal: M-22793-2025

IBIC: WTR

Thema: WTR

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Maquetación: Nacho Caballero

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

7 **Uno y multitud**

10 *Criterios de transliteración y pronunciación*

10 *Cronología esencial de la historia de Japón*

14 **NORTE**

17 Tashirojima

20 Okushiritō

22 Matsushima

26 Esanbe Hanakita Kojima

29 Yagishiritō

32 **ESTE**

35 Shinojima

38 Kamishima

40 Iōtō

44 Mikurashima

47 Takeshima

49 Minami Iōtō

51 Sōfugan

54 Sarushima

56 Sadogashima

60 Torishima

62 Hachijōjima

64 **OESTE**

67 Ganryūjima

70 Akusekijima

72 Nushima

75 Fukuejima

77 Hashima

80 Shōwa Iōjima

83 Himeshima

85 Awajishima

88 Itsukushima

93 Nozakijima

95 Ikinoshima

97 Hoborojima

99 Okinoshima

103 Ōkunoshima

105 Ōzushima

107 Shimokoshikishima

110 Kamishima (archipiélago Amakusa)

113 Tanegashima

115 Tomogashima

117 Ubushima

120 Tsushima

122 Yakushima

126 **OKINAWA Y AMAMI**

129 Iōtorishima

132 Hamajima

134 Iriomotejima

136 Kudakajima

138 Minamidatōjima

141 Zamamijima

143 Ōgamijima

145 Okidaitōjima

147 Haterumajima

150 Taketomijima

152 Yonagunijima

155 Miyakojima

158 **Glosario**

Uno y multitud

Recuerdo mi primera isla remota. Era febrero. El mar frío, la espuma de las olas, la travesía en barco, el embarcadero. Una casa-restaurante algo desvencijada, un cuenco de arroz blanco cubierto de minúsculos peces transparentes, preparado por una pareja de ancianos silenciosos: en sus rostros, en sus manos, el tiempo había trazado su nítido mapa. Después un paseo por la playa entre las conchas, la reverencia y el rezo en un templo silencioso y antiguo, el encuentro inesperado de las pequeñas estatuas de monjes con mandiles y gorros rojos que contrastaban con el gris de la piedra y el verde de la vegetación. En el paseo marítimo, delante de una casa en construcción, vi de repente que se reunían algunas personas: adultos, algún anciano y tres o cuatro niños con una especie de mochila hecha de cartón a la espalda. Todos miraban al tejado, cubierto con una tela roja y blanca. También yo, curiosa, me detuve y poco después comenzaron a llover dulces de arroz y monedas de cinco y cincuenta yenes atadas con una cinta roja. Los niños corrían felices a recoger los *mochi*, los adultos hacían acrobacias para atrapar al vuelo las monedas. Nunca había presenciado un *sanpeisen no gi*, la ceremonia *shintō* que se celebra al finalizar la construcción del tejado de una casa nueva para aplacar a las divinidades de la tierra, perturbadas por los humanos. Aquel día, tal y como me explicó una señora no demasiado joven y que sonreía ante la escena, la alegría era mucha porque cada vez eran menos las personas que decidían quedarse. La población japonesa disminuye y la de las islas menores no puede sino seguir el mismo camino, aunque de forma más dramática: su progresivo abandono conlleva la desaparición de tradiciones, vínculos, culturas, comunidades.

Mientras algunos *mochi* grandes como la palma de mi mano caían en los brazos abiertos de los isleños, en el asfalto o en la arena a un paso del límite de la calle, y los niños curioseaban en sus mochilas para comprobar quién se había hecho con el mejor botín, experimenté una sensación que no había sentido nunca viviendo en la enorme Honshū: la de formar parte de un fragmento pero también de una totalidad. Una comunidad más pequeña dentro de una comunidad más amplia.

Japón es un país archipiélago, *shimaguni*, compuesto de más de catorce mil islas, un número establecido en una cartografía reciente que, respecto a la de 1987, ha identificado más del doble. De estas, una multitud de islas más o menos conocidas, solitarias, inaccesibles, habitadas, deshabitadas, en desaparición o de hecho desaparecidas, alberga historias llenas de interés, encanto y misterio. Identidad, colores, ambientes. Escamas, fragmentos, pedazos de tierra que conservan su individualidad a la vez que forman parte de un todo más extenso y complejo.

El hecho de que la casi medialuna del territorio japonés se extienda desde las latitudes subárticas hasta las tropicales, desde el mar de Ojotsk, al norte, hasta el mar de China oriental y el mar de las Filipinas, al sur, determina una gran variedad de climas y de ecosistemas y una prodigiosa biodiversidad marina. Es cierto que se trata de un archipiélago apartado del continente, pero al mismo tiempo sus islas han sido lugares de intercambio, encuentro y fusión. Al mito del Japón homogéneo se contrapone una realidad de riqueza y diversidad cultural, no solo en los extremos del país —como Okinawa y Hokkaidō, que forman oficialmente parte del territorio nacional solo desde tiempos recientes—, sino también a nivel regional. La identidad japonesa es el producto de influencias que a lo largo de los siglos llegaron del mar, y a menudo a través de las islas. A Saigō Takamori, el gran samurái reformista y rebelde del siglo XIX, me lo describieron como un hombre de ideas abiertas porque, al crecer a la orilla del mar, estaba acostumbrado a poner la vista en horizontes lejanos.

Las sensaciones que experimenté en la pequeña isla remota se convirtieron en un deseo de exploración y conocimientos. Y así nació este atlas.

El recorrido que he trazado es real e imaginario: reales son las islas —historia, naturaleza, geografía, cultura—, imaginaria es su exploración. Humana es la protagonista, trascendentes sus guías: espíritus de la Naturaleza, de la Tradición, de la Batalla, de la Devoción, de la Ausencia, que conocen profundamente las islas desde sus orígenes y que custodian sus secretos y sus energías. Decidí encomendarme a ellas en este viaje, a las sugerentes indicaciones de la realidad inmaterial: una noción extensa y no ortodoxa de espíritu. Al hablar de Japón aparece a menudo el concepto y la idea de espíritu: la palabra usada para «divinidad», *kami*, puede leerse como «dios» pero también como «espíritu»; y los *kami* están conectados a innumerables aspectos de la vida y de la naturaleza. Los lugares a menudo se asocian con un *ki* específico: atmósfera, pero también espíritu. Las artes tradicionales están muchas veces impregnadas de una verdadera esencia vital, un verdadero espíritu. Pero los que encuentra la protagonista del atlas son algo más, quizás una mezcla de todas estas declinaciones que forman una narrativa propia.

El atlas está organizado según un criterio geográfico; uno de los muchos que se habrían podido escoger: norte, este, oeste, Okinawa y Amami. Dentro de cada sección,

sin embargo, es la voz de los espíritus la que hace de guía, la que arroja luz sobre las zonas menos trilladas, la que hace accesibles también esos territorios que no lo son, la que organiza el relato.

Cuando es la voz de los espíritus de la Naturaleza la que resuena, esto no significa que la isla esté habitada solamente por ellos, sino que es su voz la que es más nítida, y lo mismo vale para todas las demás.

Si Naturaleza, Devoción, Batalla y Ausencia, como creo, no necesitan de más aclaración, Tradición en cambio la exige: con una finalidad puramente narrativa y sin ninguna pretensión de corrección filológica, a esta palabra he querido asignarle una serie de aspectos artísticos, musicales y folclóricos.

Fue durante aquella noche oscura y silenciosa en la pequeña isla cuando sentí nítidamente la presencia perturbadora del mar. Un mar que envuelve, abraza, quizás en algunos casos demasiado fuerte, pero que también es un camino hacia el horizonte. Mar como confín, mar como lugar. Mar como aislamiento, mar como contacto y apertura al mundo. Mar que también sigue allí cuando no se ve: ningún punto de Japón dista de él más de ciento cincuenta kilómetros. Mar bondadoso y misterioso, feroz y despiadado, mar que navegar y vivir, que temer y contener. Morada de espectros, naufragios, divinidades, *yōkai*, fuente de sustento desde tiempos remotos, el mar forma parte de la cultura japonesa, con sus olas y sus resacas, corrientes, playas y peñascos, selvas de algas y barreras de coral, con sus múltiples variedades de peces y moluscos. Forma parte de la identidad, del arte y del imaginario antiguo y contemporáneo: también Ponyo y Godzilla provienen del mar. En los tres paisajes más bellos de Japón, según el erudito neoconfuciano Hayashi Gahō, el mar está presente; el pescado, como el arroz, es una ofrenda a los dioses.

También yo en mi primera isla remota recogí una moneda de cinco yenes con su cinta roja. El metal cobrizo, el agujero central a través del que se puede mirar, la planta de arroz que asoma del agua y está reproducida en su superficie, me han acompañado en una exploración marcada por el continuo asombro, el mismo de aquel día, mientras asistía a una bendición inesperada. Y espero que el mismo asombro lo pueda experimentar quien lea o, mejor dicho, quien explore este atlas hecho a la vez de tierra y de mar.

Criterios de transliteración y pronunciación

Para la transcripción de términos japoneses se ha utilizado el sistema Hepburn, según el cual las vocales se leen como en español y las consonantes como en inglés. Además:

<i>ch</i>	es una africada sorda como la <i>ch</i> de <i>choza</i>
<i>g</i>	es siempre velar como la <i>g</i> de <i>gato</i>
<i>h</i>	es siempre aspirada
<i>j</i>	es una africada sonora como la <i>j</i> del inglés en <i>jam</i>
<i>s</i>	siempre es sorda como en <i>seda</i>
<i>sh</i>	es una fricativa como la <i>sh</i> del inglés <i>she</i>
<i>w</i>	es semivocálica como la <i>u</i> de <i>huele</i>
<i>y</i>	es consonántica, se lee como la <i>i</i> de <i>hierba</i>

El signo diacrítico sobre las vocales indica un alargamiento.

Para los nombres propios se ha mantenido el uso japonés, según el cual el apellido precede al nombre. En caso de ausencia de reglas compartidas para la transliteración en caracteres latinos de topónimos y algunos compuestos, se ha decidido incluir los sufijos *-shima*, *-jima*, *-to* («isla» o «archipiélago») e *-iwa*, *-gan* («roca» o «escollo») sin separación.

Para algunos términos japoneses ver el glosario al final del volumen.

Cronología esencial de la historia de Japón

Aprox. 14000 a. C.-1000 a. C. periodo Jōmon	1336-1568 periodo Ashikaga (o Muromachi)
Aprox. 1000 a. C.-250 d. C. periodo Yayoi	1568-1603 periodo Azuchi-Momoyama
Siglo III d. C.- siglo VI d. C. periodo Kofun	1603-1867 periodo Edo (o Tokugawa)
Siglo VI d. C.-710 periodo Asuka-Hakuhō	1868-1912 era Meiji
710-794 periodo Nara	1912-1926 era Taishō
794-1185 periodo Heian	1926-1989 era Shōwa
1185-1333/1336 periodo Kamakura	1989-2019 era Heisei
1336-1392 periodo de las cortes del sur y del norte (Nanbokuchō)	2019- era Reiwa



De modo que en el ojo de mi mente estas formas que adopta la costa se funden y se mezclan en un dibujo cambiante y caleidoscópico donde no hay finalidad ninguna, ninguna realidad definitiva o fija: la tierra se hace fluida como el mismo mar.

RACHEL CARSON

NORTE

En el norte de Japón se encuentran las regiones de Hokkaidō y de Tōhoku, que a su vez comprenden las prefecturas de Hokkaidō, Aomori, Iwate, Miyagi, Akita, Yamagata y Fukushima. La prefectura de Hokkaidō es la más extensa de las cuarenta y siete del país y es también la menos densamente poblada. El clima se caracteriza por veranos calurosos e inviernos muy fríos con intensas nevadas en la vertiente del mar de Japón y en las zonas montañosas.

En 2011 gran parte de la costa pacífica de Tōhoku fue golpeada por un tsunami causado por un potente terremoto y todavía hoy se perciben sus huellas en el paisaje y las personas.





ESANBE HANAKITA KOJIMA

YAGISHIRITŌ

OKUSHIRITŌ

TASHIROJIMA

MATSUSHIMA

TASHIROJIMA

田代島

prefectura
Miyagi
isla principal
Honshū
superficie
2.92 km²



Te encantan los gatos. Te gusta su naturaleza voluble, su independencia. Te gusta su manera de moverse silenciosamente, sus ojos que brillan en la oscuridad y son capaces de ver de noche. Y esta es la razón de que hayas decidido comenzar tu viaje por Tashirojima, llamada también «la isla de los gatos». De pequeña estos animales te daban también un poco de miedo: habías oído hablar de los *bakeneko*, inquietantes gatos *yōkai* capaces de asumir forma humana, y cada vez que te encontrabas a uno de los viejos gatos callejeros del barrio temías verlo transformarse en un ser aterrador, erguido sobre las patas posteriores, con los dientes afilados y la cola bifurcada. No es que hayas dejado de creer en la existencia de seres sobrenaturales, pero sabes que en esta pequeña isla son otros los felinos que te encontrarás.

Cuando llegas el cielo es de una blancura inmóvil, como suspendida en el tiempo, y así también las barcas en el muelle y las casas, los escasos automóviles y las pocas máquinas expendedoras o las paredes

de chapa oxidada por el tiempo. No encuentras ningún habitante y te parece ver más bien pocos de los más de cien gatos que viven aquí: uno se estira sobre una cabaña de madera, uno se pasea por el arcén de la carretera. Pero después, poco a poco, te das cuenta de su presencia cada vez más numerosa. Blancos, grises, negros, rojizos, de tres colores a la vez, atigrados, de pelo largo o corto, jóvenes o menos jóvenes, con una salud perfecta o con alguna señal de batalla en el hocico. Sentados sobre los escalones de una vieja tienda con la persiana bajada, justo allí a pocos pasos, hay dos que te miran sin demasiado interés y sobre todo sin ningún temor: son libres pero no silvestres.

Sus ancestros llegaron a la isla hace siglos, a partir del periodo Edo: en Tashirojima se producía seda cruda y con el propósito de acabar con los ratones, perjudiciales para la sericultura, los humanos forjaron una alianza con los felinos. Pero no eran solamente los productores de seda los que amaban a los gatos, también a los pescadores les agradaba su presencia,

convencidos de que el comportamiento felino podía dar indicaciones sobre el tiempo y también predecir el éxito de la jornada de pesca.

Uno blanco con tres manchas negras en el lomo, de ojos amarillos y más intrépido que los demás se te acerca maullando con insistencia. No tiene hambre —hay quien se ocupa de alimentar y cuidar a los animales en caso de necesidad—, sino que más bien parece reclamar tu atención. Avanza veloz por el asfalto, en la dirección que lleva fuera del poblado, después se gira y te mira fijamente, una vez, dos, hasta que aceptas seguirlo.

A tu alrededor, casas deshabitadas, cristales oscurecidos por el polvo, paredes engullidas por las enredaderas. Encuentras puertas y ventanas cerradas, y solo una persona —una mujer anciana— sentada sobre un banco. A su alrededor algunos gatos duermen plácidamente o se asean. Le sonríes, ella te devuelve una expresión cordial y melancólica, como todas las cosas humanas en la isla. La razón es que te encuentras en un «pueblo al límite», así lo definen: la mitad de la población humana ha superado los sesenta y cinco años y, al contrario que la felina, es cada vez más escasa.

Siguiendo al gato blanco a lo largo de las calles desoladas y los senderos cercados por la vegetación has llegado a una zona boscosa, hacia el centro de la isla. El cielo sigue inmutable, la luz es más suave ahora gracias a la sombra de las plantas. Ves la cándida cola desaparecer entre los arbutos y, en medio del follaje, aparecer algo

rojo. Es el pequeño santuario erigido en honor de un gato que murió al ser golpeado por el plomo de unas redes de pesca: el hombre que sin querer lo mató con aquella piedra se sintió muy apenado y quiso de esta manera rendir homenaje al animal y apaciguar su espíritu.

Delante del *torii* de piedra gris te aguada la mirada seria y dorada de tu guía; entrecierra apenas los ojos y cuando llegas a su lado atravesáis juntos el portal: del mundo de los hombres al mundo de los dioses. Estatuillas de gatos acurrucados, *manekineko* con la patita levantada, piedras ovaladas con hocicos pintados, todas ellas ofrendas en torno al altar. También tú dejas una y juntas las manos reverencialmente, antes de retomar el camino hacia el puerto.

Sabemos en qué piensas cuando vuelves a hallarte entre las casas silenciosas: la atmósfera de la isla sigue hoy viva solo gracias a la presencia felina que atrae a unos pocos visitantes, mientras que el pasado humano parece hoy borroso y destinado a desaparecer.

El gato blanco, tras haberte acompañado de vuelta hasta los escalones donde os encontrasteis, come de tu mano la recompensa que le ofreces. Quizás consiente más por tu bien que por el suyo: se dice que alimentar a los gatos de la isla trae riqueza y buena suerte. «Nyaaa, nyaaa», maúlla suavemente... No se deja acariciar, pero, antes de marcharse, traza un ocho entre tus tobillos, número que en este país supone un buen augurio.



OKUSHIRITŌ

奥尻島

prefectura
Hokkaidō
isla principal
Hokkaidō
superficie
142,97 km²



Te encuentras en el punto más meridional de la isla, de pie sobre un terraplén de pavimento pulido, casi reflectante: caminas sobre el cielo despejado a la vez que sobre la tierra. Tu rostro mira hacia el horizonte, hacia el mar. Tu mirada sigue los contornos oscuros, los bordes nítidos de una gran estructura, una elipse que se alza delante de ti. Es de una piedra negra y lisa con una depresión en el centro. Si fuera 12 de julio, en aquella depresión azul verías ponerse el sol. Y es así porque en aquel día de verano de 1993 casi doscientos habitantes de Okushiritō perdieron la vida a causa de un fuerte terremoto y del posterior tsunami que golpeó el suroeste de Hokkaidō.

La isla donde te encuentras ahora fue la más afectada por el desastre que alcanzó también la parte septentrional de Honshū y la costa rusa del Pacífico: el monumento que estás observando, Jikūshō, está dedicado a sus víctimas. Tras la catástrofe fuimos testigos de cómo Okushiritō se curaba las heridas. Ha sido capaz de reconstruirse: la sensación

que experimentas delante del cenotafio que mira hacia el epicentro del seísmo es de respeto por el recuerdo y de tristeza por las personas desaparecidas, pero también de vitalidad por el futuro de sus habitantes.

Sabemos que sientes curiosidad por la historia de los nombres y su significado, así que, mientras te alejas de la zona más al sur de la isla, queremos añadir un detalle: parece ser que «Okushiri» deriva de *i-kus-un-sir*, es decir, «isla al otro lado» en la lengua de los ainus, la población indígena del Japón septentrional, de la islas Kuriles y de la isla de Sajalín. Sus orígenes son inciertos, pero la hipótesis más probable es que los ainus migraron desde Siberia en la antigüedad.

Has llegado a la costa este, paseas por la carretera a lo largo del litoral. El mar es de un color intenso, una tonalidad única llamada justamente «azul Okushiri». Desciendes hasta la playa de arena y olas tranquilas: lo que ahora atrapa tu mirada no es obra del hombre, aunque también es memoria. De las aguas del mar de

Japón surge una roca misteriosa, un arco que mide casi veinte metros de alto. Nabetsuruiwa es su nombre porque recuerda a uno de los dos mangos de un *nabe*. La historia geológica de esta roca es muy antigua y está relacionada con la actividad volcánica, con la lava al principio fluida y abrasadora, después sólida y fría. El viento y las olas la erosionaron y moldearon, dándole el aspecto que ahora ves. Y es verdad, parece que agarrándola se pudiese recuperar una gigantesca olla que hubiera caído en el mar, pero se asemeja también al eslabón de un collar, o de una cadena que sujetara las nubes. La imagen que prefieres, sin embargo, no remite a un objeto sepultado por las aguas, sino a un enorme cuerpo vivo: podría tratarse de la oreja de una sabia criatura de los abismos que escucha lo que sucede en tierra firme para contárselo al mundo sumergido.

Nabetsuruiwa no es la única formación rocosa particular que puedes encontrar en las costas de Okushiritō: está Hoyaiwa, que recuerda a un piña de mar, o Mottateiwa, cuya forma levemente fállica

ocupa un lugar central en una leyenda reservada a los adultos, o Kabutoiwa, parecida al casco de la armadura de un samurái, sin duda la más sugerente pero ahora por desgracia dañada por el terremoto.

Sobre el arco de Nabetsuruiwa creció un arbusto. Te preguntas cómo debe de ser vivir allí, tan solitario, rodeado por las olas a veces delicadas y amorosas, a veces embravecidas y violentas. Se trata de un *Berberis amurensis*, una planta que en primavera da unas delicadas flores amarillas que se convierten en bayas de un rojo intenso en otoño, pero con unas ramas llenas de espinas afiladas: el significado de su nombre en japonés, «por las grandes hojas no trepa la serpiente», podría derivar justamente de esta punzante característica. Parece que se encuentra allí arriba desde principios de la era Meiji.

Quizás, a pesar de su condición espinosa, sea precisamente él quien susurra a la oreja de la gran criatura submarina lo que sucede en la superficie. Y confiamos en que, por tanto, no se sienta tan solo.

MATSUSHIMA

prefectura
Miyagi
isla principal
Honshū
superficie
archipiélago

松島



El encanto y la belleza de un paisaje; la pretensión humana de replicarlo, capturarlo, cantarlo. Han sido muchos los poetas y los artistas japoneses que a lo largo de los siglos han intentado reproducir la grandiosidad del archipiélago de Matsushima para mostrársela también a quien no la puede ver con sus propios ojos. Quizás algunos lo hayan logrado, pero contemplarla en la realidad será algo memorable.

Los puntos desde los cuales es posible observar las más de doscientas cincuenta pequeñas islas de la bahía son diversos, pero consideramos que cuatro son los más emocionantes: Sōkan, la «vista magnífica»; Reikan, la «vista encantadora»; Yūkan, la «vista misteriosa»; e Ikan, la «vista imponente». Quizás solo los nombres no desvelen demasiado de las características de las vistas, pero te dan de todas maneras una pista sobre su peculiaridad. No lo pienses, déjate guiar por el instinto.

Eliges Sōkan y nosotros nos alegramos de regresar a ella contigo. Alcanzas la cima de la colina de Ōtakamori a pie. Un

sendero entre los árboles y unos escalones irregulares de madera y piedra te llevan al mirador. No es que sea un trayecto largo, pero nos parece que se trata de la distancia justa para despertar la curiosidad.

Has leído sobre esta bahía en las palabras de Bashō, el célebre poeta, maestro del haiku que vivió en el periodo Edo; la has visto pintada por Hiroshige, pintor y grabador maestro del *ukiyo-e*, y si estas representaciones ya te habían conmovido, ahora, ante la realidad del paisaje, el encanto es tal que te parece que respiras más profundamente. Es como si tu capacidad vital no estuviese limitada por el cuerpo, por el pecho, sino que fuese aquella infinita del horizonte. Es una experiencia de lo absoluto y al mismo tiempo de serena limitación ante la poesía de la naturaleza. Islas coronadas de pinos —este es el significado que encierra el nombre *Matsushima*—, cada una de un tamaño y forma diferentes, flotan sobre un mar inmóvil. Hay algo extraordinario en esta constelación de verde cuyo aspecto se cree que

adquirió hace miles de años. Si te acercas a bordo de una barca descubrirías la singularidad con que la naturaleza las ha moldeado: una garza que está a punto de echarse a volar, una rana, la cresta de una ola. Una de ellas recibe el nombre de «isla campana» debido al sonido que produce el mar al atravesar sus cuatro arcos. Otras, en cambio, evocan más bien sentimientos, vínculos: algunas parecen tristemente apartadas, otras amorosamente cercanas, otras muestran un carácter dócil, otras más decidido.

Has dejado el mirador y has bajado hasta el muelle. Tras algunos minutos de caminata encuentras un largo puente bermejo que cruza el agua de la bahía hasta alcanzar la isla de Fukuura, una de las pocas accesibles. Mientras lo atraviesas —estás casi en la mitad— te da un ataque de vértigo y buscas el asidero seguro del pasamanos barnizado. Perdónanos, es culpa nuestra: queremos recordarte el terrible terremoto de 2011, el tsunami y el desastre nuclear que devastaron Tōhoku. No lo hacemos para ponerte triste o para empañar la belleza del archipiélago, y

somos conscientes de que no puedes haberlo olvidado, pero ya que estás aquí creemos que merece la pena dedicar un momento a pensar en los millares de vidas que se perdieron en aquel catastrófico suceso. A diferencia de otras áreas costeras del noreste, Matsushima, pese a estar relativamente cerca de la zona, no sufrió excesivos daños. Parece que la protegieron algunas islas situadas en la entrada de la bahía y sus aguas poco profundas, capaces de frenar la potencia del tsunami.

Un paso más y dejarás de estar suspendida sobre el azul claro, volverás a estar en tierra, pero te detienes de nuevo: aunque hayan transcurrido más de diez años desde aquel mediodía de marzo, algo permanece vivo en los lugares y en los espacios: miedo y después renovación, tesón, coraje, pérdida, plegaria, memoria, reconstrucción. Y merece la pena escuchar este pasado presente, liberarlo y dejar que resuene a la vez que el verde de los pinos, de los arces, del bambú y de las hierbas silvestres que cubren Fukuura y que conocen, como nosotros, toda la historia.

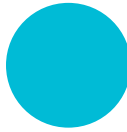




ESANBE HANAKITA KOJIMA

prefectura
Hokkaidō
isla principal
Hokkaidō
superficie
desaparecida

鼻 工
北 サ
小 シ
島 ベ



Como el viento, también el hielo moldea y define la superficie terrestre, aunque de otro modo. Erosión, congelación y deshielo, flotación, corrientes marinas, fragmentación. Olas que engullen y después restituyen, olas que se retiran y se detienen en las profundidades. Esto es lo que pensamos que hicieron a la pequeña isla nunca habitada de Esanbe Hanakita Kojima las aguas y los hielos del mar de Ojotsk, que se encuentra entre la costa oriental de Siberia, la península de Kamchatka, el archipiélago de las Kuriles y la costa septentrional de Hokkaidō.

El hielo a la deriva habla un idioma que solo nosotros conocemos, pero su voz puedes escucharla también tú, a pesar de que la estación en que es más nítida —el invierno— quede ahora lejos. Te bastan un par de auriculares y un teléfono: esta voz ha quedado registrada como uno de los paisajes sonoros de Japón que deben preservarse. El blanco absoluto, el hielo y el movimiento se transforman en una imagen acústica: delante de tus ojos aparece en primer lugar una gran cascada que

sin embargo no desciende de lo alto, se recuesta sobre su espalda y se precipita en horizontal. Después sus aguas se solidifican, adquieren un color blanco, la superficie se hace pedazos y los pedazos rozan unos contra otros, flotan y chocan, retumban, gritos broncos, gruñidos. El frío te alcanza primero las manos, después el rostro, lo sientes en las mejillas, en los labios. También el gusto del aire te parece ahora diferente. El estruendo que te envuelve casi te da miedo, no logras comprender lo que quiere decirte, los sonidos crecen, te estremecen. Sin embargo, si te dejas transportar sin temor, encontrarás vibraciones que también te conciernen a ti porque todas las cosas tienen un origen común.

Es una historia kilométrica la que cuentan los bancos de hielo y que, a causa del calentamiento del planeta, corre el riesgo de ser cada año más corta. Nace y renace en los vientos gélidos que llegan desde Siberia oriental, nace y renace en un río que fluye entre China y Rusia, el Amur: cuando el agua dulce penetra en el mar

de Ojotsk, la concentración de sal disminuye y el congelamiento se produce más fácilmente. En esta voz puedes percibir también el majestuoso batir de alas del águila marina de Steller o de su cola blanca, el bostezo de una foca que descansa, o el delicado fluir de los pequeños ángeles del mar, *Clione limacina*, que han viajado con el agua sólida. Su cuerpo transparente que deja ver unos órganos de un brillante rojo anaranjado, los dos pequeños tentáculos que tienen en la cabeza, las dos «alas» que se agitan para nadar —como esforzadas bailarinas que juntan las puntas de los dedos primero delante y después detrás de la espalda— parecen en conjunto una especie de canto silencioso. Encontrarás todo esto en la voz del hielo a la deriva del mar de Ojotsk, responsable de un amplio ciclo vital cuyos efectos tienen repercusiones en todo el océano Pacífico. Y encontrarás también la historia de la roca de Esanbe Hanakita Kojima, que

el gélido blanco y la fuerza del viento han devuelto al azul. Su desaparición ocurrió en silencio, ni siquiera nosotros sabemos con certeza cuándo tuvo lugar: fue un apasionado de las islas remotas quien se dio cuenta y dio la noticia. Las sucesivas investigaciones han confirmado su ausencia en la superficie. Japón ha perdido así un fragmento de su territorio y, por tanto, parte de sus confines septentrionales: Esanbe Hanakita Kojima y sus rocas que emergían del mar recibieron la denominación de «isla» para que el país pudiese extenderse algunos centenares de metros hacia las aguas del norte.

Nunca explorada porque es inexplorable, evitada por las embarcaciones porque se confundía con un escollo peligroso, Esanbe Hanakita Kojima vive solo en la memoria de unos pocos pescadores del pueblo costero de Sarufutsu y en el secreto de las profundidades.

